

DEMOCRACIA Y FUTURO

Puentes y no muros: sin pactos no hay futuro

José Luis Exeni Rodríguez
y Sergio Lea Plaza (editores)



Friedrich
Ebert 
Stiftung

Los algoritmos que sueñan con la democracia

Cristian Alejandro León Coronado

En un mundo donde ya se discuten experimentos de autoridades políticas asistidas o incluso sustituidas por sistemas de Inteligencia Artificial (IA)¹, la pregunta de si la democracia podrá sobrevivir a esta tecnología deja de ser un ejercicio retórico para convertirse en una advertencia.

Entre los tantos escenarios y narrativas distópicas que se han tejido en torno a las IA: la pérdida masiva de empleos, el surgimiento de robots como superarmas o el eventual despertar de una conciencia artificial que busque dominar la humanidad –escenarios muchas veces moldeados por la lógica de Hollywood–, se ha reflexionado menos sobre un riesgo que ya es estructural. Este riesgo es la erosión silenciosa y progresiva de la democracia como resultado de los problemas que las tecnologías están potenciando.

El análisis de Guido Girardi, en su texto “¿Podrá la democracia sobrevivir a la inteligencia artificial?” (parte del presente libro), representa un esfuerzo importante para indagar sobre los riesgos de la tecnología para la democracia. Girardi identifica al menos seis riesgos críticos: a) La obsolescencia institucional frente a la velocidad tecnológica, b) La disputa por la extracción de datos, c) La polarización y fragmentación cognitiva generada por las burbujas algorítmicas, d) La sustitución del componente humano por sistemas de IA, e) Los efectos cognitivos profundos en las nuevas generaciones y f) Los riesgos políticos derivados de doctrinas ultralibertarias que buscan sustituir la gobernanza democrática por el imperio del mercado.

Desde mi perspectiva, todos estos riesgos son ciertos. Pero para darles contexto y profundizar en sus provocaciones, no es que la IA amenaza a la democracia por

1 Véase el caso de Rumania, que nombró a una IA como consejera honoraria de gobierno en 2023: <https://elpais.com/sociedad/2023-03-27/rumania-designa-a-una-inteligencia-artificial-como-consejera-del-gobierno.html>
Albania nombró a una IA como ministra anticorrupción <https://www.dw.com/es/revoluci%C3%B3n-digital-llega-a-gobiernos-albania-nombra-su-primera-ministra-creada-por-ia/a-74113153>

sí misma, sino que es parte de todo un ecosistema tecnológico cuyo objetivo es vaciar el propio sentido de la democracia. El despliegue de la IA está potenciando intereses políticos y económicos con visiones altamente autoritarias y de control de la sociedad.

Esos intereses aprovechan las enormes asimetrías de poder, los modelos de extracción ilimitada de datos, la vigilancia masiva y los mercados digitales de atención para imponer narrativas, orientar comportamientos y, en última instancia, desgastar las bases del orden político. Ese entramado ha sido denominado por algunos autores como “tecnoautoritarismo”.

Para explicar esto abordaré cuatro aspectos que considero centrales: la tecnología como instrumento de control, el colapso de los mecanismos de gobernanza digital, el surgimiento de un modelo económico de tipo tecnofeudal, y finalmente, la consolidación de un esquema político antidemocrático o tecnoautoritario.

La obsolescencia institucional como síntoma, no como causa

Es cierto, como plantea Girardi, que las instituciones democráticas actuales pierden capacidad para gobernar el mundo digital. El ritmo de los avances tecnológicos supera los tiempos de adaptación y respuesta de las democracias liberales –cuyas instituciones han sido diseñadas en los siglos XIX y XX–, volviéndose insuficientes para esta época. Dicho de otra manera: nuestras instituciones ya no tienen el ancho de banda político ni cognitivo para procesar la magnitud y velocidad de la transformación tecnológica.

La narrativa sobre la obsolescencia institucional surgió hace más de una década. En 2011, la llamada “Primavera Árabe”, seguida de otras protestas globales amplificadas por redes sociales, alimentó la idea de que las tecnologías digitales podían romper la intermediación de los poderes fácticos. La viralidad de estas movilizaciones generó una ilusión de empoderamiento ciudadano. El sociólogo español Manuel Castells denominó a este nuevo fenómeno la “autocomunicación de masas”:² la posibilidad de que cada persona, mediante un teléfono celular, se convirtiera en un nodo capaz de comunicarse directamente con el mundo sin depender de medios tradicionales y sus sesgos o intereses propios.

² Castells, M. (2012). *Redes de indignación y esperanza: los movimientos sociales en la era de Internet*. Madrid: Alianza.

En ese entonces, el desborde de esas protestas popularizó la idea de que las instituciones democráticas ya no alcanzaban. Se requería actualizarlas y ampliarlas. Surgieron conceptos como el de “gobierno abierto” y “tecnopolítica”, los cuales, inspirados en los preceptos de las movilizaciones ciudadanas, proponían generar nuevos mecanismos de participación, deliberación e inteligencia colectiva.³

Pero ese optimismo duró poco. La capacidad ciudadana para desafiar los poderes fácticos fue rápidamente absorbida por el mismo sistema. Apenas dos años después de la Primavera Árabe, en 2013, Edward Snowden reveló que las redes sociales funcionan como herramientas de vigilancia perfecta. Todo lo que buscas, escribes o incluso piensas cuando estás en línea queda registrado y puede ser aprovechado en tu contra.

Tres años más tarde, en 2016, el escándalo de Cambridge Analytica demostró que los datos personales obtenidos a través de las plataformas digitales permitían perfilar individuos con precisión quirúrgica para manipular su opinión política mediante mensajes hiperpersonalizados y desinformación. Luego, en 2018, el caso Pegasus reveló la existencia de malware capaz de infiltrarse en los dispositivos de cualquier persona, aún sin que lo sepa, otorgando acceso irrestricto a sus comunicaciones, contactos y vida privada.

Nada de esto fue fortuito. Estos hechos expusieron un problema más profundo: las tecnologías digitales nunca fueron neutras ni estuvieron al servicio de las personas. No existió el empoderamiento ciudadano. En contextos de desigualdad, las tecnologías tienden a amplificar el poder de quienes ya lo tienen. Por eso, el verdadero problema no es que las instituciones democráticas “vayan lentas”, sino que –incluso cuando intentan adaptarse– lo hacen dentro de una arquitectura digital diseñada para maximizar el control, la vigilancia y el beneficio corporativo, no para fortalecer la deliberación democrática.

Así, el desfase entre transformación y regulación quizá no sea la causa principal de la crisis. El problema es definitivamente otro: quién tiene la capacidad de moldear el entorno digital para sus propios fines.

3 Hubo experimentos como la democracia por sorteo, herramientas para la democracia deliberativa como Consul y Decidim en España. En América Latina surgieron propuestas como la Red de Innovación Política.

¿Quién gobierna internet? El colapso del idealismo político

Durante sus primeras décadas, internet fue concebida como una tecnología abierta, libre, interoperable y universal. Una red granularmente distribuida donde la información debería fluir sin intermediarios. La idea era que cualquier persona en el mundo, sin importar quién sea o dónde esté, pueda acceder a ella. Esa visión inspiró una de las primeras corrientes políticas de internet que se cristalizó en la famosa *Declaración de la Independencia del Ciberespacio*⁴ propuesta por John Perry Barlow en 1996.

Así, la aparición de internet desafió la estructura de la gobernanza global, pues al ser una red sin fronteras y sin capacidad de control, y cuya base era la igualdad, se requirió pensar modelos de gobernanza innovadores para su gestión y toma de decisiones. Entre 2003 y 2005 se formalizó, a través de la Cumbre Mundial sobre la Sociedad de la Información, un modelo de gobernanza de múltiples partes interesadas –o multistakeholder– donde gobiernos, empresas, sociedad civil, organismos internacionales y academia compartían la toma de decisiones. Este modelo se institucionalizó en el Foro de Gobernanza de Internet (IGF) bajo gestión de la ONU, planteando una arquitectura global cooperativa y horizontal.

Si bien nunca fue un modelo perfecto, pues siempre se criticó la dificultad para lograr equilibrio de participación entre países del Norte y del Sur global, organizaciones de la sociedad civil y empresas, y que las decisiones a veces se tomaban a puerta cerrada, los IGF al menos eran una estructura que buscaba rescatar los mismos principios con los que se creó internet. A su vez, era un modelo afianzado en una visión idealista del sistema internacional, donde los actores son motivados más por la colaboración y el diálogo, que por la competencia y el conflicto. Hasta ahí, internet era de todos.

No obstante, el tiempo demostró que aquella estructura era más aspiracional que efectiva. A medida que las empresas tecnológicas adquirieron poder económico, control de infraestructura y capacidad unilateral para fijar reglas, el modelo multistakeholder comenzó a diluirse. Al mismo tiempo, los Estados se dieron cuenta de que cuando se trata de tecnologías estratégicas, no siempre están dispuestas a ceder su cuota de soberanía. La gobernanza dejó de ser un proceso deliberativo y pasó a ser un espacio competitivo en el cual tanto empresas como gobiernos

4 https://www-eff-org.translate.google/cyberspace-independence?_x_tr_sl=en&_x_tr_tl=es&_x_tr_hl=es&_x_tr_pto=tc

asumieron que no requerían ningún permiso del otro para llevar adelante sus políticas y acciones.

Las IA surgen en el contexto de ese modelo en declive. El enfoque de cooperación y de igualdad que fue parte del origen de internet, en la era de la IA, está siendo reemplazado por una carrera estratégica por el control de infraestructura crítica: centros de datos, chips avanzados, modelos fundacionales y flujos globales de datos. Esa carrera tiene una motivación geopolítica y económica, es realista y confrontacional, y a diferencia del modelo de múltiples partes interesadas que buscaba una toma de decisiones compartida, está dominada por la búsqueda de reproducción del modelo de negocios que ha permitido crecer a las grandes empresas de internet (Google, Microsoft, Meta, X, etc.).

De la economía de la atención al tecnofeudalismo

¿Cómo llegamos del idealismo propio de los primeros años de internet al realismo político que hoy parece buscar imponerse en la gobernanza digital? Parte de ese cambio proviene del mismo modelo de negocios imperante en internet.

Girardi identifica que las redes sociales instauraron un modelo de negocios basado en la captura de la atención y la amplificación de contenidos extremos, violentos o falsos, porque estos generan más interacción y, por tanto, más datos.

Este modelo de negocios es una reorientación del modelo capitalista, o incluso poscapitalista. En este, los usuarios –sus cuerpos, emociones, hábitos, preferencias, interacciones, necesidades– se convierten en materia prima a partir de la conversión de estos en datos. La socióloga y profesora de Harvard, Shoshana Zuboff, denominó a este modelo como “capitalismo de la vigilancia”⁵, porque la extracción de los datos se da a partir de un continuo monitoreo, supervisión y perfilamiento de las personas. La vida diaria se vuelve en materia prima para ser cuidadosamente procesada y comercializada.

Con las IA, ese sistema termina de completarse porque éstas son el instrumento perfecto para organizar, clasificar y orientar la vida digital. Es decir, los datos extraídos –y que son usados para entrenar a las mismas IA– son transformados

⁵ Shoshana, Z. (2019). *La era del capitalismo de la vigilancia. La lucha por un futuro humano frente a las nuevas fronteras de poder*. Paidós.

por la IA en un régimen de predicción, control y gestión de la interacción digital a través de los algoritmos y mecanismos de automatización.

Sobre ese modelo de extracción de datos y gestión de la atención de las personas, un grupo de grandes corporaciones tecnológicas con capacidad de intermediar los flujos informacionales a través de la infraestructura que han creado, erigieron ecosistemas cerrados (plataformas digitales). Estos ecosistemas son semejantes a lo que, en épocas feudales, eran la tierra y los medios de producción físicos, sólo que hoy son reemplazados por los servicios digitales, algoritmos, contenidos y, por último, los datos. Las corporaciones, cual señores feudales, cobran comisiones por la visibilidad en sus plataformas y la capacidad de influenciar comportamientos a través de los datos que han recolectado. Esto es lo que autores como Yanis Varoufakis y Evgeny Morozov han llamado “tecnofeudalismo”⁶. Para ellos, las reglas del capitalismo dejaron de funcionar porque, con el actual poder de las plataformas, las competencias y libertades de consumo tienden a desaparecer, mientras lo que rige es la imposición de reglas y comportamientos dentro de cada ecosistema cerrado (ya sea el de Meta, X, Google, etc.).

Pero a fin de que este modelo funcione y los señores tecnofeudales puedan sostener sus plataformas, requieren opacidad para sus acciones, menor control por parte del poder público y mayor difusión de sus tecnologías.

El último estadio, el tecnoautoritarismo

Mientras las grandes empresas tecnológicas concentran poder económico y control sobre la infraestructura digital –configurando el modelo tecnofeudal–, su principal límite sigue siendo la capacidad reguladora de los gobiernos.

Desde los escándalos de Cambridge Analytica hasta los crecientes estudios sobre los efectos de las redes sociales en la salud mental, pasando por el temor a la formación de monopolios informacionales, los Estados comenzaron a reaccionar. Las audiencias públicas de Mark Zuckerberg ante el Congreso estadounidense, las multas millonarias impuestas por la Unión Europea a Google por abusos de datos personales, o las tensiones entre la plataforma X y el Gobierno de Brasil, son ejemplos de ese choque entre reguladores y plataformas.

⁶ Varoufakis, Y. (2024). *Tecnofeudalismo. El sigiloso sucesor del capitalismo*. Deusto.

Sin embargo, el segundo mandato del presidente Donald Trump en Estados Unidos ha invertido esa relación de fuerza al sellar una alianza directa con parte del sector tecnológico. De hecho, en los primeros meses de gobierno, Elon Musk –uno de los empresarios tecnológicos más influyentes del mundo– ocupó un rol de facto en la conducción de decisiones críticas de la burocracia estadounidense. Si bien Musk terminó alejándose, la cercanía con el sector tecnológico y Trump ha sido constante.

Un estudio⁷ identificó la consolidación de una red de capitales de riesgo, contratistas gubernamentales multimillonarios y empresas tecnológicas ligadas a vigilancia, infraestructura digital, IA y criptoactivos –incluyendo SpaceX, OpenAI, Meta y Palantir– sostenida por un entorno regulatorio no solamente laxo, sino favorable a los empresarios tecnológicos. En este escenario, lejos de ser sujetas al escrutinio público, las grandes empresas tecnológicas han adquirido un acceso privilegiado al poder político, orientando decisiones que favorecen la consolidación del sistema económico que ellas mismas articulan.

El tecnofeudalismo económico deriva así en tecnoautoritarismo político: un régimen en el que las decisiones estratégicas del Estado están mediadas por ecosistemas informacionales y tecnológicos controlados por actores privados. Es autoritario porque, como señala Girardi, los liderazgos detrás de estas infraestructuras –Trump, Musk, Thiel y otros– promueven visiones profundamente antidemocráticas, basadas en el individualismo extremo, la desregulación absoluta y la eliminación de los mecanismos de control ciudadano. Son sistemas diseñados para maximizar el poder y la eficiencia, no la deliberación o la justicia social.

Por tanto, la democracia no corre riesgo por la IA en sí misma, sino porque el modelo económico y político que se está configurando alrededor de su desarrollo exige concentrar poder, acelerar asimetrías y neutralizar contrapesos democráticos. Para que este modelo continúe expandiéndose, necesita imponerse como forma de gobierno: un tecnoautoritarismo que no compite con la democracia, sino que poco a poco la desplaza.

⁷ <https://www.authoritarian-stack.info/>

Conclusión

La pregunta de Girardi –¿podrá la democracia sobrevivir a la IA?– abre, en realidad, una discusión sobre un problema mucho más profundo que la propia tecnología: la expansión del interés corporativo privado hacia el poder político.

La IA, por sí sola, no destruirá la democracia; pero sí puede hacerlo el modelo económico y político que se está configurando a su alrededor, basado en la concentración del poder informacional, la extracción ilimitada de datos y la captura corporativa de las infraestructuras digitales.

Si la infraestructura tecnológica continúa siendo gestionada de manera opaca por intereses privados; si los datos siguen siendo extraídos sin salvaguardas ni garantías democráticas; y si los Estados terminan operando como instrumentos autoritarios al servicio del poder fáctico, entonces la democracia difícilmente podrá sostenerse.

Pero este futuro no es inevitable. Se requiere una reconfiguración profunda de la gobernanza digital a nivel global, una arquitectura de datos entendida como bien común, mecanismos robustos de regulación algorítmica, y la reconstrucción de instituciones capaces de reorientar el modelo hacia el interés público.

La democracia puede sobrevivir a la IA solo si es capaz de democratizar la IA: hacer de sus reglas, infraestructuras, datos y sistemas de decisión un ámbito sometido al escrutinio, la participación y el control ciudadano. De lo contrario, avanzaremos hacia un orden tecnoautoritario donde la soberanía humana será gradualmente sustituida por sistemas que deciden y eligen por nosotros y que son gestionadas por empresas que no rinden cuentas ante nadie.